

PLAZA DE SAN JUAN



*'La literatura sirve para entender a los demás'*

AMOS OZ

# SUMARIO

- J.M. Prado-Antúnez. AHORA... ..... 3
- Carlos Bolinaga. CINCO CUENTOS DE CINCUENTA PALABRAS ..... 5
- Manuel Doña Plá. LA MIRADA HERIDA ..... 6
- Esther Pardiñas. LA ESTACIÓN DE MIS AMORES ..... 7
- Graciano Peraita. YO NO HAGO VERSOS ..... 9
- José M<sup>a</sup> Izarra. CUENTO DE NAVIDAD ..... 10
- Félix J. Alonso Camarero. LAS GORDAS DE FERRERÍAS ..... 13
- Luis Carlos Blanco Izquierdo. LA INGRAVIDEZ DE LA TIERRA ..... 15
- Carlos de la Sierra. SOLEDAD ..... 18
- Virginia Ahedo García. LOS MITOS DE LA CIENCIA..... 25
- Susana Corral. ¡SALUD! ..... 30
- Santos Rivas Elena. EL VIENTO/AMANECE..... 32
- Santiago José Castañeda Martín. LLANTO  
POR MI ABUELO MUERTO ..... 33
- NOTICIAS NUESTRAS..... 35



**ILUSTRACIÓN DE LA PORTADA** *"Mujer joven con libro"*, de Alexander Alexandrowitsch Deineka.

**DIBUJOS INTERIORES:** Milagros Casado. Ha cursado estudios de Dibujo y Pintura en la Escuela Provincial del Consulado del Mar, de Burgos, de la que ha sido Premio Extraordinario varios años. Diplomada en Artes Aplicadas (Dibujo Publicitario) y licenciada en Bellas Artes con las especialidades de Pintura y Grabado Calcográfico por la Facultad de Bellas Artes de San Fernando de Madrid. Dedicada a la tarea docente en la Escuela de Artes Aplicadas y en el Instituto Cardenal López de Mendoza, ha realizado numerosas exposiciones, tanto individuales como colectivas.





## AHORA...

"AHORA", ES UN POEMA ACCÉSIT EN EL I PREMIO | J.M.  
DE POESÍA JOSÉ MARÍA CALVO DE GUMIEL DEL MERCADO | PRADO-ANTÚNEZ



### I

Ahora me duele el mundo u  
odio jurar "costado derecho",  
¿en ese frágil punto tan fofo  
que cualquiera sume, lanza en mano?  
En fin, me duele el mundo  
esta mañana aguada de julio.

No digo nada más.

### II

Ahora que abunda, grito contra esta blanca muerte,  
rejas de sombra, alondra que a escabrosas manos aquietan.

Todos los niños matan, no languidecen, lidian,  
si bien querían ver esa tan roja flor  
de amor tullido, insuflan cabal aire raro al rostro:

en fin, me duele el mundo, todo el costado diestro,  
mi carne fofo, oscura, expuesta a la vista, en venta:

ahora que llueve, sí, ahora que llueve, ven, ahora que llueve, ya...  
mis labios besan fijos sobre los huecos pechos ralos,  
ahora que llueve ya, ahora que llueve, ven, ahora que llueve, sí...

### III

Ahora vas, vienes, sol, luna, marea impar,  
con la secreta guisa con que se flecha a rostros de saña,  
a la manera ilícita de destronar perpetuos reyes...  
ahora corrompo avaro pecho, su luz destello, hito...

Te adoptaré: es de noche, cuando mi faz se enreda en nubes,  
las nubes vuelan ebrias, hurtan las lunas grises a los hombres,  
grises las nubes vuelan, pasan, la nieve posan...  
sobre este pecho sórdido,  
ahora que vas y vienes,  
ahora marea impar, y sol y luna:

ahora que gritas "debo brotar", "juro aseó",  
ahora postergo breve a tu mentido leve,  
cuando esta media noche, gritas y ofertas: ahora.

¿Quién perdió el mar piedad, quién como un pez la luz?

Ahora, lejanas viñas, luto y alcohol,  
ahora que al mundo venzo, roja mi sangre... Voz...





# CINCO CUENTOS DE CINCUENTA PALABRAS

DE: "CINCUENTA CUENTOS DE CINCUENTA PALABRAS" | CARLOS  
BOLINAGA

## SUERTE DE LA MALA

Lloraba de semejante modo que no había manera de consolarle.

Llamaron a una ambulancia que lo llevó al hospital.

Seguía llorando de tal forma que no pudieron sonsacarle palabra alguna.

Supieron, más tarde, cuando ya había muerto, que no lloraba por dolor, sino por placer.

Le había tocado la lotería.

## POR COSTUMBRE

Iba a misa todos los domingos. Como muchos por costumbre. Como quien va a comprar el pan o el periódico.

Un domingo, un sacerdote, le dijo: "Su cristianismo es muy superficial, sólo le salva que en el fondo es honrado".

A partir del siguiente domingo dejó de ir a misa.

## EL VESTIDO

Era aún un niño cuando apareció una amiga de su hermana.

Llevaba un vestido de flores. Un vestido precioso.

Desde aquel día la recordaba como "la muchacha del vestido".

En aquel tiempo él no sabía que debajo de los vestidos había cuerpos, y dentro de éstos tantos misterios por descubrir.

## EL DÍA ES EL DÍA

Fue a cobrar el alquiler.

-No puedo pagar -dijo el inquilino.

-El día es el día -le respondió.

Cuando volvía a casa tuvo un accidente. La muerte se presentó ante él.

-No me lleves todavía, te pagaré lo que quieras -dijo.

-El día es el día -respondió irónica la muerte.

## TENER O NO TENER

-Cuando posea "eso" seré feliz -decía.

"Tener o no tener, esa es la cuestión", pensé, parafraseando a Shakespeare.

Cuando tuvo todo lo que quiso seguía diciendo lo mismo.

No sabía que la felicidad no está en tener todo lo que uno quiere, sino en querer todo lo que uno tiene.

## LA MIRADA HERIDA

12/12/2006. EMEDEPE. | MANUEL  
DESDE QUARTELL (VALENCIA) | DOÑA PLÁ

■ He contemplado la herida, es de noche y sin respuesta, el viento agita los árboles, el murmullo de sus hojas me estremece por algo sin nombre todavía. Hay palabras que siguen sin encontrarme.

He visto mis estigmas, aún no sé ser, no sé nada sin ocultarme. Dentro de mí hay deshielos que yo no sospechaba. O quizá era cuestión de atrevimiento. Un calor tan dulce me da miedo.

He visto y tiemblo, quizá aún no he sido, temblor de ser, ser que me tiembla.

¿Qué hago con lo que siento?

Temblar: me siento sentir.

¿Quién podía imaginarlo? ¿Qué puede imaginarme?

Aquí, realizando mi temblor, quiero no ocultar mi rostro, deseo no suspender la mirada en el vacío. Mirar para ser visto, abandonarme en otros ojos, porque mirando cicatrizo.

Todavía no sé vivir desde esta herida en la que puedo al fin reconocirme.

Escondido de mí mismo en mí, asustado de merecer. Aprendo de los niños. El miedo fue quien puso nombres a las cosas.

Tú no has podido verme, porque era intangible en la mirada que puede tocarme un día.

Animal acosado por su huida, alma indómita que se defiende de todo el amor que no ha merecido, y que no puede recibir.

Mirarlo todo

mirar a todos

mirarte a ti

hasta cauterizarme en la cicatriz más preciosa y más preciada de la tierra, la que me puede regalar la mejor manera de ser yo. ■





# LA ESTACIÓN DE MIS AMORES

ESTHER  
PARDIÑAS

*¿Conocéis el lugar?  
Es un lugar en el que el espacio y el tiempo  
sólo son una hoguera  
que arde y que mantiene su combustión  
gracias a nuestras vidas (quiero decir: gracias a nuestras  
muertes)*

ANTONIO COLINAS

■ Apenas si son las seis de la mañana pero en la estación el bullicio es tremendo ya a esta hora, el calor, ese sol implacable que preconiza las lluvias del monzón se comienza a sentir, e instintivamente todo el mundo busca la sombra de la estructura de hormigón que da paso al andén.

Un pitido y una nube de polvo palpable anuncian la llegada de un tren, y un hombre de uniforme grita, a pleno pulmón, un lugar en una lengua que no entendemos. En un instante el andén se llena de bultos enormes, inestables, que llevan sobre sus cabezas los maleteros. Mujeres envueltas en saris de vistosos colores se afanan en recoger a sus hijos, y se preparan para la llegada de la máquina chirriante, con el único objetivo de conseguir un sitio en el vagón destinado a las mujeres. Campesinos, con los cestos que vaciaron ayer en el mercado de la ciudad de Agra, regresan de nuevo a sus aldeas con múltiples cachivaches comprados a cambio: cacerolas, una bicicleta hecha de remiendos de otras, y hasta un televisor con su antena.

Llega el tren y la marea humana se mueve como una sola y literalmente trepa por él. Sí, algunos, los más afortunados tienen sitio dentro, pero los demás deben

conformarse con encaramarse a su techo y acomodarse en él lo mejor posible con todos sus bártulos.

Es un tren lento, muy lento, que recorre los pueblos de Mahya Pradesh, la región media de la India y que dejará a su paso llanuras inmensas salpicadas de aldeas, flanqueadas a veces por junglas en las que alzan sus cúpulas viejos templos hindúes olvidados en la maleza, donde ahora, en lugar de deidades, habitan los langures y otras criaturas de la selva.

Apenas acaban de subir al tren y acomodarse cuando se reanudan las ventas, vendedores ambulantes gritan sus mercancías de buñuelos picantes recién hechos, zumos de caña pegajosos y rodeados de moscas, lhasis, el riquísimo batido de plátano y yogurt, y crujientes samosas rellenas de patata, y té caliente apurado rápidamente de pequeños potes de barro que una vez usados se estrellan contra las vías.

El suelo está pegajoso, lleno de restos de comida, de las huellas rojas que traza el betel escupido con maestría; y de las vías llegan olores nauseabundos que resumen la fragilidad humana y que se mezclan con los de la comida, con los de los cuerpos que sudan especias y la tierra caliente.



Un mendigo al que le falta una pierna pide unas rupias arrastrándose entre los pies indiferentes de los viajeros. Una mujer con su niño en brazos hace lo propio y se atreve a entrar en la sala de la estación donde esperan las mujeres, bajo unos ventiladores que remueven el aire bochornoso. La mujer está segura de que allí le darán algo. Después de todo son como ella, también madres, cuyos hijos tienen más suerte.

El tren parte con su carga humana, y por unos momentos el andén queda casi despejado, lo suficiente para ver que los postes de las farolas parecen tener vida propia, porque su superficie metálica se mueve y vibra ondulante; están cubiertas de miríadas de grillos negros que las tapizan casi por completo en un tercio de su longitud.

Un anuncio en rojo destellante avisa esta vez de la llegada de otro tren, una modernidad electrónica de la que carecen los trenes de las aldeas; pero nuestro tren es moderno, nuevo, rápido y

aunque está sujeto a las leyes del tiempo indio, que transcurre como si no fuera ese su papel, llega casi a su hora, sólo se ha retrasado un par de ellas empleadas quién sabe en qué.

A quién le importa el tiempo cuando la vida y la muerte acaecen sin él, marcadas por un destino que se acata sin más, que no entiende de minutos, aunque quizá si que entienda de sentimientos, no en vano estamos en la estación de la ciudad donde se construyó la tumba más hermosa del mundo por amor.

El tren con destino a Bhopal hace una entrada triunfal, tanto que casi se pasa la estación, pero subimos a él. Aquí no se trepa, cada uno tiene su sitio asignado, como en la sociedad india.

Y partimos por fin en el tren tanto tiempo esperado, envueltos en la magia del instante, atrapados por un mundo muy diferente al que estamos acostumbrados, que se despliega fascinante ante nuestros ojos al ritmo que marca la máquina. ■



# YO NO HAGO VERSOS

GRACIANO  
PERAÍTA

## I

Yo no hago versos, los hacen,  
cual si escribieran, los hechos,  
las mismas cosas que pasan  
sobre los mismos sucesos.

Las envolturas del aire  
y los caprichos del viento  
sobre las horas desnudas  
de los días y los tiempos.

Quienes preciben del hombre  
sobre su propio esqueleto  
con la pluma de la vida  
y la tinta de su cuerpo.

El alma de los que han sido  
ayer vivos, hoy postreros,  
guías de nuestro cansino  
caminar por el recuerdo.

En estas y otras posturas  
acomodando los huesos  
hacia nuevas posiciones  
donde descansan maltrechos.

Yo no hago versos, los hacen  
otros, vosotros, aquellos  
que viviendo con nosotros  
los intuyeron sintiendo.

## II

Yo no escribo poemas  
me los hacéis vosotros,  
me los escribe la vida  
con diferentes rostros,  
buenos, malos, cual sean,  
los escribe con todos.

Es ella quien pone acento  
a tan extraña escritura  
sobre páginas dictadas  
por lo que pasa y oculta.

Y qué forma de escribirlos,  
cin cuánta dureza, en ella,  
quieras o no, con los signos  
derivados de su lengua.

Sois vosotros, vuestras cosas,  
quienes hacéis que lo cuente  
una vez que día a día  
se sabe lo que sucede.

Y nadie tiene la culpa  
de la noche que nos viene  
cuando la luz se disipa  
tras del ocaso y se muere.

## y III

Repito, no los escribo,  
siempre os diré que vosotros,  
la vida con su trasfondo  
de envolturas y de abrigos.

Lo que sucede y ocurre  
alrededor, paso a paso,  
se vuelva enseguida caso  
o en verdades se desnude.

Mas que nada los sucesos  
diarios de nuestra vida  
que nos la dejan escrita,  
señalizada en el tiempo.

Son esos aconteceres  
que tú y yo padecemos  
estando sanos o enfermos,  
ciegos las más de las veces.

Sobre todo, ya lo dije,  
la maestra de este mundo  
que sabe cuantos asuntos  
baraja, trajina y vive.

La vida que es quien nos hace  
lo que sabemos y somos,  
pobres, solitarios, solos,  
suyos siempre y a su alcance.

## CUENTO DE NAVIDAD

JOSE M<sup>a</sup>  
IZARRA

■ Entró en su domicilio, con el llavín que franqueaba la puerta de seguridad, de madera de caoba, maciza, espléndida. Colgó el sombrero y el abrigo en el perchero del hall. Hizo amago de abrir la puerta de la cocina, pero se apercibió de que se había dejado el móvil en el bolso del abrigo. Se dio media vuelta. Cuál no sería su sorpresa al comprobar que ni el sombrero ni el abrigo estaban allí. No podía ser. Que él supiera, no padecía Alzheimer. De todas formas, acuciado por un molesto prurito, intentó recordar todo lo que había hecho desde que se levantara de la cama, a la amanecida, para acudir a su despacho de técnico de la Administración. Por orden y de corrido, sin ningún problema. Aparentemente. ¿Entonces?



Tal día como aquél, víspera de los Reyes Magos, hacía un año ya, él, funcionario del Cuerpo de Auxiliares del Estado, concibió delante de la luna del armario de su habitación el deseo de que su jefe se esfumara, desapareciese de la faz de la Tierra. Desde esa ocasión había venido renovándolo, fecha tras fecha, con intensidad creciente.



Llamó a su mujer, María Consolación (a la que eligiera por su nombre), suponiendo que habría sido ella quien, escondida detrás de la puerta y conduciéndose con sigilo, había descolgado del perchero gabán y bombín para gastarle una broma. No contestó nadie. Llamó a su único hijo,

Sinforoso como él (convenía pisar fuerte en este mundo), 17 años, estudiante de segundo de Bach. en el colegio de los Jesuitas. Tampoco acudió a la llamada. Miró su reloj de pulsera (un Rolex chino, que había pagado y tenía por bueno): las ocho y diez. Qué raro. Normalmente, a semejantes horas tendrían que haber estado ya en casa.



Cuando dieran las doce menos cinco de la noche, Dios o el diablo mediante (diariamente se encomendaba a quien se mostrase más receptivo), se plantaría de nuevo delante de la luna del armario de su habitación para conjurar a los Reyes Magos (como si se trataran de SEUR o MRW; mensajeros, intermediarios, en definitiva) a fin de que procuraran la realización de su deseo.



Se dirigió al dormitorio conyugal para desvestirse y ponerse ropa cómoda y las pantuflas. Estaba desazonado. Su mujer y su hijo, salvo contingencia grave (Dios no lo quisiera), no deberían demorarse mucho más. No obstante, en seguida justificó el retraso, atribuyéndolo a las especiales características de la jornada. En fin, paciencia. Aprovecharía el tiempo de espera para husmear en los cajones de mesillas, aparador y bargueño de cinco cuerpos (que se notase la clase), a ver si era capaz de encontrar el regalo que su mujer le habría preparado.





Albergaba el presagio de que, por primera vez en la vida, iba a hacerse realidad uno de sus anhelos. Había muchas cosas a favor y, que él conociera, ninguna en contra. Juzgaba que la desaparición de su jefe era un acto de justicia universal, y que tanto las jerarquías celestiales como las infernales debían de tener sobrados motivos para escarmentar a aquel hijo de la gran puta. Las primeras, por razones obvias, pese a que el individuo en cuestión gustara de cumplir con todos los preceptos de la religión católica. Las últimas, porque las había ninguneado y, con sus actos, había conseguido exceder su esencia. Tenía ese presentimiento, así que decidió celebrarlo. Con salchichón, mortadela, chopped y queso de oveja (a pesar de la prohibición médica), en detrimento de las viandas tradicionales de la Navidad: pavo, langostinos, turrón... (de las cuales ya se había puesto hasta los lóbulos de las orejas en las celebraciones precedentes de la época), eso sí, por culpa del colesterol, con el marchamo de lighth, o sea, doblemente adulteradas (pues ni conservaban las propiedades de las

originales, ni presentaban menos riesgos para la salud; seguramente, más).



Empezó a preocuparse por la ausencia de su esposa e hijo cuando escuchó que daba las diez el reloj del monasterio sito en las cercanías de la zona residencial en la que estaba ubicada su vivienda. Se quitó las gafas y se incorporó del sillón orejero del gabinete, en el que se había acomodado después de haber fracasado en su intento de averiguar qué regalo le depararían los magos de Oriente.



Cuando acabó de cenar, en vista de que aún quedaba media hora para el inicio de la ansiada ceremonia, con el propósito de calmar el nerviosismo que sentía estaba empezando a apoderarse de él, se fue derecho al frigorífico, en una de cuyas bandejas (la de la mantequilla) había depositado un paquete de Camel sin filtro, por si acaso, el día que dejó de fumar, de

eso hacía 14 meses. Recuperó la cajetilla. Encendió un cigarrillo. ¡Qué placer! En esta vida podría pasar sin mujeres, pero difícilmente sin tabaco. Tras hacerse esta reflexión, miró el reloj, digital, que refulgía en el horno eléctrico: las 11,55 horas. Se sobresaltó.



En un primer momento, consideró perentorio acudir a su cuarto para cambiarse y salir en busca de su familia; pero, de pronto, cayó en la cuenta de que, antes de nada, tal vez fuera mejor llamarlos al móvil. Diligencia infructuosa. Saltaba el buzón de voz. Entró en el dormitorio: la silla sobre la que creía haber dejado dispuesto su atuendo estaba vacía. ¡Coño! Se quedó pasmado. Y en ese mismo instante se acordó de que su mujer le había comentado por la mañana que tanto ella como Sinforoso Jr. iban a acudir a la cabalgata (que, a modo de experimento, en aquel 2008 estaba previsto que concluyera al filo de la media noche) y que la cena la celebrarían de madrugada, ya con los regalos encima de la mesa. Con aquello, se olvidó del asunto de las prendas misteriosamente desaparecidas y volvió a pensar en el Alzheimer.



Avaharó la luna del armario hasta quedarse casi sin resuello. El reflejo de su

figura quedó empañado. Las dos agujas de su Yin-Yan (3 en un bazar paquistaní) señalaban las doce. Dejó de alentar. El vaho fue desapareciendo progresivamente, hasta quedarse en los retazos que figuraban el cuerpo de dos letras capitales con sendos puntos: "O. K."

"Okey", le vino a la mente como un relámpago, e interpretó que su deseo se había cumplido.



Simultáneamente, también el Ilmo. Sr. Sinforoso (su cargo en la Administración llevaba aparejado dicho tratamiento), por casualidad, magia, o quizá debido a un bucle espacio-temporal, como hubiera defendido un físico relativista, se compuso delante del enorme espejo (delimitado por un marco estilo rococó) que ocupaba gran parte del tabique aledaño a los pies de la cama matrimonial, y dirigió su aliento hacia el azogue, hasta empavonarlo. Luego, cerró la boca. Poco a poco, a medida que el vapor se diluía, se fueron conformando dos mayúsculas iniciales, con sus respectivos puntos indicando abreviatura: "K. O."

"Kao", leyó. Y, sin solución de continuidad, extrañado a la par que lleno de miedo, pudo cerciorarse de que aquel enorme vidrio reflector no le devolvía la imagen de su persona. "Kao", se repitió para sus adentros. ■



# LAS GORDAS DE FERRERÍAS

Félix J.  
ALONSO CAMARERO

■ Pasaban las mañanas callejeando. Delia Suárez y su hija Rafaelita, las Gordas de Ferrerías, como se las conocía en el barrio y en buena parte de la ciudad.

Primero se dirigían al mercado como si fueran a buscar lo mejor y más fresco, cuando en realidad iban a perderse en el trajín, a sentir la proximidad de la gente sorteando colas y aglomeraciones, y a enterarse de chismorreos y noticias entre quejas por la subida de esto y de aquello, y por lo caro que estaba todo. Y se iban después a Beatriz Galindo, la calle más chic y comercial, donde disfrutaban viendo pasar a señoras a las que admirar y envidiar, y devorando con los ojos a caballeros distinguidos y maduros y a otros más tiernos, petimetres y pagados de sí mismos; y recorrían las transversales y alledañas deteniéndose sin prisa ante los escaparates, eligiendo modelitos que nunca comprarían, o barroca lencería en que sólo su momentáneo embelesamiento conseguía meter sus cuerpos generosos.

En el mal tiempo hacían un primer alto en Casa Cipri, la tasca sucia y oscura, que abría en las traseras del mercado. Aquí tomaban el café con leche bien caliente de media mañana, entre saludos a vendedores de lotería y medias conversaciones con busconas mañaneras; codo con codo con amas de casa sudorosas que arrimaban las



colmadas bolsas al pie del mostrador, entre miradas furtivas con algún homosexual desorientado, de ademanes esquivos... Seguidamente, las dos mujeres volvían a su peregrinaje por calles y plazas con afán menos curioso o casi rendido, garbeo que interrumpían con un descanso en el banco de cualquier rincón tranquilo. Si las inclemencias llegaban a truncar el programa, a la iglesia de San Gregorio que se iban. Después de traspasar la hermosísima puerta barroca, los usos no

les exigían más para un acogimiento a voluntad que un santiguo mal dibujado y una intención de doblar la rodilla que las Gordas interpretaban al cruzar la nave mayor con una extraña gambeta que más parecía un amago de coz. Envueltas en sus desbordadas hechuras, malamente abrigadas, en la penumbra tibia y sahumada, madre e hija hacían que rezaban, la cabeza humillada, mientras que sus pupilas abajadas rastreaban las sombras que se deslizaban a intervalos junto a ellas. Hasta que la molicie las ganaba y rendía, y las depositaba sobre una reparadora duermevela o siesta del carnero, entre incipientes ronquidos que acababan alertando al sacristán.

En el buen tiempo, en cambio, pasaban por alto el refrigerio de casa Cipri y se iban directamente al parque a sentarse en un banco: Delia con una bolsa de pipas y Rafaelita, con gollerías para las palomas. Desgranando la madre el fruto seco con habilidad de loro, y sembrando la hija el suelo de granos de maíz o trocitos de pan duro, esperaban pacientemente el goteo de los asiduos, apocados incorregibles que les dirigían al pasar rápidas miradas, ojeadas furtivas; y viejos verdes, que las tiraban los tejos procazmente, palabrotas que ellas recibían halagadas como osadas proposiciones amorosas entre risotadas y arreboles, al tiempo que las columbas, como si se las reprendiera, despejaban el cerco y, con brusco aleteo, volaban hacia las vecinas copas.

Si el tiempo se metía en calores, las Gordas de Ferrerías, despechugadas, las

faldas recogidas dejando ver los muslos, sustituían las pipas por un cucurucho de helado de pistacho que iban gozando premiosas entre un pasear la punta de la lengua y un mordisqueo lascivo de tan justo como mostraban los dientes entre los rojos y pujantes labios. Entonces, sus habituales admiradores, cuitados y senescentes, tras de pasar delante de ellas renovando el ceremonial de siempre, en lugar de continuar su itinerario, tomaban veredas secundarias por donde se iban demorando como distraídos o desorientados. Y emplazados por aquellos genes de voyeurismo con que sus naturalezas se habían concertado para hacer de ellos los seres que eran, iban a esconderse entre setos y arbustos, desde donde contemplaban sin tasa, hasta babear, las frescas y demasiadas carnes de Delia y de su Rafaelita.

La primera entonces se acariciaba el cosquilleo interior que la ponía a temblar, inquietud de un deleite que no sabía explicarse, y al que no quería renunciar sabiendo que a pocos metros la avidez de unos ojos la iba desnudando, y una enloquecida voluntad, sin posibilidades, la profanaba y gozaba. Y se hacía la remolona cuando la hija decía:

–Vámonos, mamá, que ya es tarde.

Camino de casa, tenían tiempo todavía para adentrarse en un par de bazares de “todo a cien”. Y allí manoseaban a placer un sin fin de baratijas que iban dejando descolocadas a propósito.

Delia Suárez e hija eran así felices. ■

## LA INGRAVIDEZ DE LA TIERRA

LUIS CARLOS  
BLANCO IZQUIERDO

■ De pronto, misteriosamente para él y el desarrollo de su futuro, se vio acomodado en tan diminuto y agradable aposento de la extraña y nueva morada que lo acogía. Aunque siendo como era, hecho enigmático del propio enigma que su mente portaba, no estaba, todavía, preparado para valorar si su entorno era adverso o grato.

Al lugar, exótico por el calor y la textura de sus paredes, llegó en algún momento asombroso, tal vez sobre un transporte alado, y fue recibido por unas circunstancias primigenias, sorprendentes para el sentido de la tradición.

Todo lo que rodeaba su ser le resultaba ignoto, incluso desconocía su ser, o si apreciaba su procedencia no figuraba en su recuerdo; porque, a pesar de que el presente llegará a convertirse en pasado a la vez que nuevo futuro, las vivencias que comenzaba a disfrutar o padecer se iban a repetir cada año sin él saberlo, y mucho menos recordarlo; su memoria se perdería, como pierde su evocación la rosa de Damasco, a pesar de que ésta nazca del mismo rosal cada primavera, con los mismos tonos e igual número de pétalos.

Él ignoraba su composición y el destino que lo esperaba. Además... ¿Qué le importaba, desde ese bienestar al calor que sí podía captar, sin saber de tal calentura ni la fuente que la generaba, igual que si fuera parte de un secreto, conocer o desconocer el comienzo de éste, su relato?

Tal inadvertencia le impedía tomar conciencia sobre su situación; sin embargo había una señal, una especie de código que le indicaba cierto gozo, sin

duda, dependiente de algún acto mágico, una especie de explosión cósmica.

De momento no goza de libertades, mas tampoco entiende de las mismas. ¿Sabrá algún día..., podrá precisar la semántica y la física de la libertad?

¿Qué más le daba discernir si estaba dentro o fuera, arriba o abajo, al este o al oeste, al norte o al sur de aquel espacio y el tiempo del mismo? Si él, en la carencia lúdica que lo rodeaba, ya fuera por instinto, u otro sentimiento tan intrínseco como desconocido, lograba sentirse en la plenitud del bienestar... ¿Qué necesidad tenía de saber sobre el mal? ¿No le sería conveniente continuar inmerso en la ignorancia?

No le faltaba de nada; lo más perentorio lo tenía cubierto con creces sin saber de su dependencia y, si le llegara, de su independencia futura, las necesidades de ésta o de aquella.

Su conciencia, de calidad y cantidad indefinida en el momento, parecía querer desentumecerse, buscar el sentido de su estado, ver de dónde le llegaba la bondad y ternura de su entorno, su vida anónima, sin saber de otras vidas, bondades o maldades ni lo que éstas comprendían.

Su hogar, esa especie de cosmos que lo envolvía, era generoso y se lo proporcionaba todo. El aire soplaba a su forma: unas veces céfiro, otras huracanado. La humedad era la idónea, cargada de sales. Las proteínas equilibradas. El sol, vitaminado, lo acariciaba con ternura, entre los resquicios de las celosías. Lo acolchado de las



paredes se amoldaba a su propio molde, a la entrañable forma de su ser, a la definición, por él mismo todavía indefinida, sin romos ni punzantes vitales.

Iba pasando el tiempo sin medida para su medida; sin embargo, su conciencia comenzó, tenuemente, a distinguir el equilibrio y a tomar confianza. ¿Qué necesidad tenía de investigar, comprobar su posición, si no entendía de brújulas? Todavía no diferenciaba entre estar bien o estar mal, aunque la misma señal, esa supuesta guía, asociada al entorno creciente de su razón, hizo que se envalentonara y comenzara a sentir inquietudes, sin saber de valor o cobardía, ni qué era lo inquietante de ambos conceptos.

No necesitaba de nada, pero comenzó a sentir el deseo de saber la procedencia de lo inesperado, ese estado del bienestar que aún no podía definir, ni asegurar, cómo era la realidad para él, el más puro y tierno de los estados.

El lugar seguía siendo un interrogante para su propia interrogación, esa que no

lo podía embargar porque aún no sabía de incertidumbres, y si la duda era arriba o abajo, dentro o fuera, cerca o lejos.

Puso deseo a su instinto..., tal vez fuera al revés, y comenzó a jugar con su equilibrio en la ingravidez de aquella perfección. Risa... Realmente le daban risa aquellos juegos y no sabía que reía. Después, agotado, dormía quince horas..., veinte...

Dormía en la más absoluta oscuridad; pero la naturaleza de las paredes, semejante a suaves tules superpuestos, dejaban pasar la luz natural y los vibrantes fulgores de las candelas; igual que pasa la llama de un candil a través de la piel del melocotón.

Su confianza crecía al tiempo que su hogar, pues, sin saber cómo, se le iba quedando pequeño además de ruidoso. Eran ruidos que no podía identificar, ignotos, tanto como los lugares supuestos y aledaños. Si le preguntaran, aún sin saber de preguntas, le sería imposible decir si eran sonidos de campanas, de maderas huecas, de fraguas, de vientos, de hierros candentes al yunque, de sables o bombardas.

No tenía definición para aquellos sonidos que tanto lo extrañaban, ponían su rostro temeroso y, por supuesto, interrumpían sus risas sin que aún supiera que eran risas y lo sumían en un enfado sin saber que se enfadaba; con el enfado se despertaba o interrumpía sus juegos de equilibrio, y viendo, todavía sin ver, la procedencia de tales ruidos, trató de nombrarlos.

Pero cómo nombrar un choque de placas tectónicas en las entrañas inexplotables; truenos interminables o chasquidos de apariencia volcánica; los silbidos de los vientos por los alvéolos de las grutas; onomatopeyas mezcladas, similares al latir de un corazón galopante, otrora arrítmico; a veces semejaban el bombeo de dos músculos vitales en plena complicidad.

¿Cómo identificar tales hechos? Estas fueron las primeras preguntas que se hizo conscientemente: ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía allí?. Pero en eso se le quedaron, en dudas de momento indescifrables para su conciencia que comenzaba a despejarse; pero, precisamente, esa clarividencia se conformaba con intentar discernir de qué y dónde venían aquellos... motos que, ya tenía la seguridad, no eran mare... ni terre... ni cielo...

Incluso llegaba a oír voces que desconocía que eran voces. ¿Qué sabía de lenguajes, todavía, si no estuvo en Babel? Sin embargo, la misma señal que lo puso en equilibrio, le trajo las inquietudes, las dudas, la risa, el oído..., le dijo que alguien trataba de comunicarse en la lejanía, que hablaban con cierto nerviosismo, y este detalle le dijo que su ser también estaba nervioso.

Al momento, perdió la autonomía para moverse, ese dominio del equilibrio en la ingravidez que disfrutaba.

Comenzó a sentirse presionado por las paredes de su hogar, no se había dado cuenta que ya le quedaba muy pequeño, que las dilataciones y contracciones, lógicas, no tenían sitio para ufanarse.

...Tan a gusto que estaba, al calor y la ternura...

Se le encendió una lágrima si haber aprendido a llorar. Acababa de descubrir que estaba dentro y que su salida era inevitable. No lo impidió, siquiera, su gran deseo de permanecer en estado tan dulce, añadamos..., si sirve, placer tan placentero.

Pero el fragor de las propulsiones arreciaba, y entre tantos ecos desacordes, logró reconocer el latido, ahora exacto, de dos corazones galopantes; ambos implicados en el mismo acto; pero no tuvo tiempo de disfrutar tal complicidad, porque una gran avenida de aguas, la liberación del líquido amniótico, indicaba que era imposible la vuelta atrás.

José, al ver las contracciones de María, corrió en busca de dos parteras: Zelomí y Salomé; pero cuando regresó con ellas, María ya tenía concluido su parto; ni restos de placenta, cordón umbilical y otras naturalezas quedaban al lado. El niño ya había llorado las primeras lágrimas, las de la respiración vital. Y María, sonriente de felicidad, ofrecía sus hinchidos pechos a Emmanuel Jesús.

José se enfadó consigo; se acusaba de descuido: –debí salir antes en busca de las parteras –se dijo–; así habría logrado mi mayor deseo; ver nacer a mi hijo.

Después se acercó al niño, llevaba los ojos mohínos y lo acarició con mucha ternura. De nuevo se sintió culpable; fue invadido por tanta congoja que no pudo retener su pensamiento; acercó sus labios al oído del niño y, muy apesadumbrado, le pidió perdón:

–...No debí aceptar las decisiones de los sacerdotes... Soy muy anciano..., ni mi azuela y menos el cepillo se sostienen en mis manos; las puertas me quedan desplomadas; los taburetes de tres patas cojean, cosa extraña. Entenderás hijo... Lo sé... Me perdonarás que siempre haya llegado tarde... ■

# SOLEDAD

## (NO ES UN POEMA)

BURGOS, otoño de 2007 | CARLOS  
DE LA SIERRA

### UNO

Entre los huecos de la soledad se cobija la ilusión. La soledad no es desolación ni alejamiento, la cordura preside sus impulsos.  
Concentra tu empuje, lánzate contra el muro invisible. No temas su aspecto imponente, nada tuyo quedará entre sus resquicios.  
No repares en su malicia escondida, opresiva: cruza y basta. Nada debe alejarte del muro, nada. Pernocta a su sombra blanca.  
Ahora estás en el lado añorado, pensado. Lugar lejano, liviano. Espacio inmenso, vastísimo, tanto como tu aliento.  
Privilegio no sondado, puro como un milagro. De rodillas ante el alma: entregado, ofrecido. Nada debe ser negado.  
Aquí puedes besar, amar. Puedes soñar, alabar, habitar, cuidar, mimar. Sin deseo.  
¡Paciencia! Alivia tu ira. Aspira profundamente para que tu rabia resbale muy despacio.  
Persigue su rastro interior con suavidad, con tesón.

### dos

El lado interno está envuelto en brumas blancas. Recorre en silencio la alameda verde. Verde que redime, que enternece. El trébol del suelo regenera tu savia.  
Azota tus pies contra la hierba, levemente. No tiembles.  
En la profundidad respira la distancia, la calma.  
Ábrete a la consciencia. Despierta, mira.  
Sueño de soledad, o pesadilla.  
Solo: creen que estás perdido. Te olvidarán. En ese vacío habita tu paz.  
No llores. Llegará un tiempo de grano maduro.  
Ilimitado, sin barreras. Seguro, sólido, mordaz. Lejos de ellos.  
Es tu camino. Oprimido. ¡Libre! Paradoja del ser.  
Soledad. Alma.

### tres

Medita, no te equivoques: nada es lo que parece. Si crees, agotas tu sed.  
No creas. Lame los barrotes oscuros del pasado.  
Su sabor es amargo, de agua putrefacta. En el remanso mana el agua que nace del grito.  
Hasta que tus voces internas sean un coro, repite, insiste.



No hallarás nada. No puedes. Solo no puedes.

Respira la desgana humana, tan común. Hunde tu desolación en la humedad del llanto, pero no pierdas la luz de tus ojos.

Abrasado en fiebres atraviesa el Reino de la Muerte. Cuna de la tristeza, fuente de la soledad.

No ahogues en esencias tus sueños. Abrillanta tu miedo hasta que parezca hielo.

Y condena la entrada del pasado, que la crean humillada. Vive hacia tu interior mecido en el silencio tierno que encierra la última salida, única.

## CUATRO

Ahora cruza, pasa a la morada engalanada de lamentos. Voces del ayer, ya ajadas, adornan sus paredes.

Tumbas de Seres Increados, olvidados, temidos. Hombres como otros aclamados desde siempre.

La Eternidad de los fieros, de los asesinos. Hombres de aire, de tierra y de fuego. Seres Oscuros que han perdurado.

Pensantes, mortales. Y, como todos nosotros, criminales. Prioridad a los espacios vacíos, inermes.

Perdidos, humillados, vencidos, denostados. ¡Salve, piedras dolientes!

Olvida su presencia. Huye del dogma. Mil veces te lo digo: escupe, blasfema, sigue los pasos de tu alma.

Rechaza la sinrazón que atenaza el pensamiento. La molicie pesa tanto como la inclemencia.



Maldice hoy que puedes, mañana será imposible. Demora tu convulsión, no te hundas en el horror.

Rompe la cadena que te oprime. La pena se presenta sola. Que te cubra la tierra, tierra eres.

## CINCO

¡Libre! Ahora aprende a volar. Elévate de las lápidas en alas de fuego fatuo.

Renace como no muerto. Sal a tu encuentro en la encrucijada, cerca del zarzal.

Y deja que tu piel en la rosaleda adorne los pétalos blancos.

Un rastro de sangre señala el paso de tu conciencia maldita. Resiste.

Rumia la felicidad. Eso es soledad.

La ternura te besa.

Lame su sombra triste. Naturaleza se asombrará de tu poder.

No quiero cordura, dices. Bueno, que sea locura. Las conciencias de los cuerdos se ocultan entre los dementes.

Los orates son felices seres malvividos, pálidos, fuertes y callados.

Alejados del amor recitan su desazón. Si vives con tu soledad no necesitas gritar.

## seis

Vientos malos azotan al nacido. ¡Es miedo!

Sólo quieres flotar, regodearte en la inutilidad. La palidez llegará después.

Tu cuerpo desprende vapor, se marchita. Pétalos muertos caen a tus pies.

Los nichos de mármol brillan a la luz seca del cementerio, pacientes en su espera.

Hay un esqueleto varado en la playa, de un cetáceo negro que el hombre arponeó.

Sus huesos blancos adornan la cala. Arpa gigante nacida entre olas de espuma para que los vientos arrullen a los mares.

Una melodía de vida que recorre la llanura verde azul.

El canto igualará a todos. Lejanos, cercanos.

Nada cercano se añora ni en la lejanía se olvida. Silencio y soledad.

Late cuando no duerme, duele cuando se muestra. Lo sabe el hombre y lo tiene presente.

## siete

La soledad está cansada. Es una flor pisoteada que dispersa sus pétalos.

Parten los vientos del alma. Algunos mortales no los escuchan, niegan la felicidad.

De sus bocas manan babas malignas, insanas. Ácido que muerde los pétalos muertos.

Se apagará la luz. La belleza desdeñada renacerá sin saber su destino, su paso demoledor en el vacío.

Dirá la flor su nombre. En silencio.

Otros menos fieros, más agradecidos, la regarán con bálsamos de amor.

Y escucharán sus llantos, lágrimas de todos.

No está sola. La llaman soledad. Su nombre: volver.

El nacido regresa humillado. Amanecen juntos, solitarios.



## ocho

Abrazados como antes no supieron, ahora anohecen. No ellos, la noche pasará.  
En el ensueño del alba recitan sus deseos, los graban a fuego de alma.  
Miedo, gozo. ¿Sufrir por amor? ¿Amar? ¡Nunca!  
Debes pagar un precio injusto, de usura. Debes pagar. Y habitar casi en la nada.  
La brevedad. Un destello. Amar.  
Después flotar. Inocencia que razona.  
O llorar. Siempre un grito.  
No es nada, mujer. Has visto la locura. Bendito sea el dolor que forjas: sordo, arrollador, salvaje.  
Bajo la piel se oculta la belleza.  
Desnuda tu esplendor de ceguera. Que vean todos en la mujer que amo a la niña que me hizo soñar.  
Dulce, cálida, oscura. Así fue la puñalada que asestó en mi alma una Sinfonía de Invierno.  
¡Tan fría!

## NUEVE

Un contrapunto por la soledad. Para que el deseo no pierda su misterio.  
Instalado en las estrellas que añora. Lejano, solitario, feliz.  
No siempre es perfecto el malestar. La negación, tan querida.  
Regenera tu pesar. Mira a las estrellas, ¡aclámalas!  
Son el buen rincón, el mejor refugio.  
Donde se oculta tu placer, donde pervives.  
Que la sombra no se instale a tu lado, que la luz no te ignore.  
Hoy no puedes nada contra la maldición.  
Que su influjo te abandone. Por su fuerza, por su lujuria. Una esperanza consumada, un perfume.  
Esencia, vitalidad. ¡Maldita muerte!, mañana renacerás de las cenizas.  
Fuego de alma. Alas de fénix.

## diez

El agua muy fría aplaca la sed. Hunde tu mano en ella, déjala correr.  
Si no quieres enloquecer lentamente, espera tu alba.  
La noche pasó, mujer. Huele tu cuerpo, saborea tu placer con templanza. No seas glotona, tu mirada habla.  
La envidia se alimentará de restos de tu inocencia. Te acosarán, prolongarán tu lamento.  
La amistad y la mentira se encuentran. Pregunta adulterada: la verdad, ¿es sincera?  
Momento detestable, pero sólo es salvaje.  
Así reacciona el moribundo: se aferra a este campo de tristeza.  
Donde no quiso habitar, ahora mastica la tierra. Así es la amistad: dura, tibia, necesaria.  
También puede ser sincera. Entonces, como en la ensoñación, lloro. La amistad es una hoja que cae. Bella, silenciosa, mortal.



Titubeante, insegura, solitaria, desnuda. Angustiada, se desprende del tronco fraterno. Pierde su fe.

Su caída corta mi aliento. Su herida es mi futuro. Puede que olvide esta mañana fría. Imploro que la tarde me acoja!

## ONCE

Necesitas saberlo. No lo parece, pero todo tiene conciencia.  
El aire es transparente, tu vida vuela con él.  
No repares en los destrozos, ¡vuela! Regenera tu fuerza, no te alteres, ignorante.  
Tienes toda la vida para mecer a la hoja muerta.  
El ramaje titubea, se agita. Besos invisibles del viento.  
Su presencia es permanente, vibrante. Paciencia. Oye narrar historias bellas.  
De vientos lejanos, pedregales fríos y tierras yermas. Poca cosa.  
Donde perviven los sueños en su letargo.  
Y, en plantíos, se aprietan los álamos de troncos ásperos.  
Un sol frío acaricia sus hojas plateadas. Mañana nevará.  
Las raíces acogen los osarios y los vientos del alma dispersan las cenizas.  
Algunos hombres se abrazan a los árboles y los besan.

## doce

No he llegado al bosque y ya lo escucho, ¡lo huelo! Más allá de la colina de color cobrizo.  
¡La floresta lo domina todo! Incardina mis pensamientos. Mensajes de evocación que, devoto, comparto.



Sin rencores ni temor, entro en un campo de flores. Piso la hierba. Millones de perlas verdes. Estoy en una pradera tan inmensa como yo quiera imaginar. Hiedra que vive en la fronda, serpiente que anida en la piedra, libertad!  
Que dure la fantasía. El frío del alma, pudre. En lontananza, allí, el calor emana.  
No es luz que ciega. Veo llamas acogedoras. Apenas quiero pensar, necesito soñar.  
Aspirar el aire cálido, rodar por las laderas hasta el valle, saltar! Como el niño que conocí. De eso... hace tanto tiempo.  
Aquí lo encuentro, feliz. La memoria es un lazo frágil, le ofrezco mi mano, nos abrazamos. Miro tranquilo el final, camino junto a mi infancia.

## trece

Alegría no es la palabra. Quiero el recuerdo de aquella infancia imposible.  
¡Si pudiera olvidar el dolor!, la injusticia, la malicia, la envidia.  
Entonces, volvería a arar mis campos con reja de acero suave.  
Y a restañar las heridas, a plantar en su profundidad.  
Ahora puedo. Razón, conocimiento, fuerza.  
Será un tiempo de lejanía. En el fondo, sólo añoro soledad.  
Un día cavé tumbas, muy lejos de aquí. Hoy he olvidado el olor de la tierra agusanada. El destino me alejó de su influjo maldito.  
Regresaré cuando me atrape el tiempo. Mientras sea este niño no pensaré en la muerte.  
Veo los surcos, alargados, interminables como pesadillas. Insaciables, quieren devorarlo todo. Suda la razón ante su presencia.  
Pero no regresaré sin antes cosechar. Esperaré dormido.

## catorce

Preparo la jornada, afilo el dalle. Debo limpiar mi tierra de brotes malos.  
Los golpes en el alma son terribles. Con cuidado me entrego a vendarles.  
Ofrezco el amor de una madre amante: inflamado, solícito. Me detengo ante un dolor ardiente.  
Es pequeño, venenoso, ligero, etéreo. Dormido tanto tiempo, ha endurecido.  
Acaricio su carita tierna.  
Parece de leche pura, itan inocente! No lo beso, puede despertarse.  
Mi temperamento, tan agrio, sufriría. Lo deposito con cuidado sobre un lecho de heno.  
Sopló su envoltura con mi aliento más quedo. Me recuerda a los granos de trigo cuando retiro su piel luminosa.  
Se derrama el humus transparente. Es llanto contenido, un grito de llamada. La tierra filtra la serena soledad.  
Es la voz de un pasado remoto, odiado. Prolongo un grito de loco: irenacer!

## quince

Sólo estoy loco, no he perdido la cordura. Es miseria acumulada. Un privilegio de hombre. En todos está el poder de retornar a la locura. La inocencia es la marca de los locos.

Lo difícil es regresar cuando marchas hacia al noche. El niño que vive en ti indica el camino con piedras blancas.  
Encontrarás amargura en la profundidad. Te espera junto al ocaso para aplastarte.  
Preñado de fatigas, tozudo, perpetuo.  
Llevas el frío clavado en los ojos. Quieres aniquilar el dolor y no puedes: ¡estás loco!  
La saliva tiene un sabor metálico, nada va bien. Luego respiras pavor, molicie, ira.  
En la confusión necesitas ver, gritar. Tu cuerpo se golpea contra un entorno desolado, seco.  
De tus heridas mana polvo, no sangre ni suero ni agua.  
Aparta la arena vertida. Serás vida. Y soledad.

## dieciséis

La noche de color azul deja paso a un día gris.  
Me refugio tras la celosía para escribir este cuento: Érase una vez hace mucho tiempo.  
Entonces vivía un niño...  
Mis ojos inocentes se iluminan. Es el relato perdido de los días lejanos.  
La herencia de aquellos mayores. ¿Eran tiernos, justos? Recuerdo sus historias, reales o inventadas. Tardes de fuego y fogón de chapa roja.  
Afuera, la nieve abrazaba las piedras de la pradera.  
Un manto suave, riguroso y tan blanco como el pudor. La escarcha se aferraba a los adobes y dibujaba estrellas en el cristal de la ventana.  
Tras las paredes, todo era calor. En la oscuridad de la cocina danzaban duendes.  
Encadenado de mi intención, ofrendo al fuego otro palito. Un hogar tan rojo como la ira, tan encendido como el placer.  
El olor de la madera acerca mi recuerdo hasta la vieja tronca del bosque.  
Hoy es el fuego de mi hogar. Así nos aman los árboles.

## diecisiete

En los labios tengo sabores de emoción: el hallazgo prodigioso de mi infancia.  
Un encuentro deseado con mi interior muerto. Hoy pienso que sólo estaba dormido, ignorado, maldito.  
En la soledad prolongada los hechizos se deshacen como el hielo de los torrentes.  
Mi tiempo ha llegado con el otoño, pleno de serenidad, maduro.  
Ahora necesito reposar, sanar las heridas.  
Viviré en la calma, modesta y cierta. Nada importante esta vida colmada de sangre.  
Podré mirar a los horizontes serenos con ironía y un punto de amargura. Que no parezca decepción.  
Con claridad y tiempo, como aprendí del paso de los vientos. Ellos me enseñaron la templanza, el furor y la calma.  
Hemos llegado juntos a este espacio apartado donde se remansa el olvido. Donde el sol llega a su ocaso.  
Para filtrarnos entre los huecos de este muro de soledad.



# LOS MITOS DE LA CIENCIA

Virginia  
Ahedo García

■ Nos encontramos en el año de la ciencia y a propósito de ello me parecía oportuno efectuar una reflexión sobre ella que fuera desde sus orígenes hasta los mitos que sobre ella existen en la actualidad, con el objetivo de que todos seamos conscientes de ellos y nos detengamos un momento a pensar en cuál es la concepción que hoy por hoy nosotros tenemos del conocimiento científico.

La ciencia como factor en la vida humana es muy reciente. La ciencia como tal surgió hace aproximadamente unos ciento cincuenta años, pero en esos ciento cincuenta años, ha causado los mayores cambios que han ocurrido desde los antiguos egipcios. Y es debido a esto por lo que se ha convertido en uno de los principales marcos de interpretación de la realidad y del mundo, lo cual, como toda aceptación pasiva de lo dado, es negativo,

pues conlleva una renuncia a la propia actividad y a la búsqueda del sentido.

El carácter explosivo de los cambios, es decir, la gran velocidad a la que se han sucedido, y su grado de eficiencia, ya que nos han permitido controlar las fuerzas de la naturaleza en una medida muy superior a lo que se hacía antes del nacimiento de la ciencia, han contribuido a que se forjen numerosos mitos sobre la misma, mitos de todo tipo, que en su conjunto llevan a una concepción de la ciencia como una entidad superior, incluso como una “religión”, ya que prometen la felicidad del hombre o la explicación de la verdadera realidad además de su dominio.

En la actualidad, muchos de estos mitos van desapareciendo de nuestra sociedad, en la que han estado muy arraigados, lo cual si se mira objetivamente, es lógico, ya que desde pequeños estudiamos una



explicación del mundo que es la dada por la ciencia, y se estudia como algo irrefutable. Pero como ya he citado anteriormente, el número de gente que sigue creyendo esos mitos es cada vez menor, fundamentalmente, porque en primera instancia, son los propios científicos los primeros en no creer en la omnipotencia de la ciencia.

A continuación, enumeraré algunos de los diferentes mitos sobre la ciencia que han existido a lo largo de los años y que siguen existiendo aún. Presentaré tras cada mito las distintas opiniones que han dado los diversos filósofos, y en algunas ocasiones la mía propia, siempre tratando de hacerlo con la mayor coherencia y el mayor rigor que estén a mi alcance.

El primer mito sobre la ciencia que cabe mencionar es el del *progreso indefinido* de la misma.

Lo que en primer lugar se puede decir, es que el hecho de que la ciencia avanza es

evidente a los ojos de todos, y por consiguiente, indiscutible. Pero el modo en que se produce ese progreso, está sufriendo en la actualidad una severa revisión.

La creencia tradicional ha sido que la ciencia es un saber acumulativo, es decir, que al conocimiento primitivo se han ido sumando los nuevos descubrimientos, y que así es como se ha ido configurando todo el saber de la ciencia, como un apilamiento de los nuevos conocimientos y descubrimientos sobre los antiguos, al igual que las piedras de una casa se colocan sobre los cimientos hasta configurarla por completo. Hoy, sin embargo, hay quienes arguyen en contra de esta afirmación.

Concretamente es el científico norteamericano Thomas S. Kuhn quien afirma que "Quizá la ciencia no se desarrolle por medio de la acumulación de descubrimientos e inventos individuales". Para Kuhn la ciencia es la obra de la comunidad de científicos y no la acumulación de descubrimientos de genios aislados. Según él, la comunidad de científicos posee su propio paradigma en base al cual trabaja, y dicho paradigma está constituido por el vocabulario, los datos, los problemas, los procedimientos, los modelos de soluciones..., etc, que has de conocer para poder formar parte de dicha comunidad. Como ya he dicho, según Kuhn los científicos trabajan en base a ese paradigma, y los logros científicos que se hayan dentro del paradigma, constituyen la *ciencia normal*, mientras que las anomalías que este paradigma es incapaz de explicar, son en un principio rechazadas como irrelevantes, hasta que ocurre lo que él denomina crisis, la cual se produce cuando hay un excesivo número de anomalías inexplicables, que llevan a pensar que ese paradigma no es válido. A esta etapa de crisis le sucede la *revolución científica*, la cual implica la sustitución del paradigma vigente por otro que presente mayor





eficiencia para explicar los problemas planteados. La aceptación de este nuevo paradigma va seguida de una nueva temporada de ciencia normal. Es decir, que en conclusión, para Kuhn la ciencia no progresa acumulativamente sino por medio de revoluciones. Esta tesis es naturalmente criticada, y se argumenta en su contra diciendo que más que *revolución* hay *evolución* en la ciencia, un término completamente diferente, pues como todos sabemos, revolución significa sucesión de un gran número de cambios en un breve período de tiempo, mientras que evolución significa lo opuesto, sucesión de una serie de cambios que tienen lugar tras el transcurso de mucho tiempo.

Bajo mi punto de vista, se puede hacer una mezcla de ambas teorías, es decir, que en mi opinión la ciencia no avanza exclusivamente debido a revoluciones o solamente debido al apilamiento de conocimientos de unos y otros a lo largo de los años, la ciencia progresa gracias a ambas cosas, al conocimiento de los que investigaron antes que nosotros, y a las revoluciones que tienen lugar gracias a las cosas que replicamos nosotros a un paradigma ya asentado.

El segundo mito de la ciencia que voy a mencionar es el de la *infallibilidad del método*.

En el siglo XVII es donde ubicamos históricamente a los grandes creadores de métodos científicos. A esta época pertenecen Bacon (método inductivo) y Descartes y Leibniz (método deductivo). Para ellos bastaría aplicar unas reglas sencillas para que avanzara la ciencia, y las reglas eran tan simples que no hacía falta tener gran talento ni gran preparación para poder aplicarlas.

En oposición a este modo de pensar, se encuentra lo que dice Feyerabend, para quien la metodolatría no tiene mucho sentido. Según él, no hay métodos universalizables que sean igual de válidos

para todos los científicos, nada hay fijo ni obligatorio, hay lo que se denomina anarquismo metodológico, el cual tiene la gran ventaja de que lleva a inventar nuevas teorías que impulsan el avance científico. Feyerabend resume su ideología con la afirmación de que “todo vale” en la ciencia, no importan los métodos ni los medios que permiten el progreso de la misma, lo que importa es que esta avanza.

En este caso soy absolutamente de la misma opinión que Feyerabend, creo que lo importante no es conseguir crear un método en base al cual se supone que se van a producir los descubrimientos y avances. Lo importante no es el cómo sino el qué, un qué que no es ni más ni menos que el avance de la ciencia. El medio por el que se lleve a cabo el descubrimiento carece de la menor importancia una vez que se ha hecho un gran hallazgo cuya validez ha podido ser demostrada. Además, también creo que el seguir ciegamente todos unas mismas pautas no es en absoluto ventajoso para el avance científico, pues siempre la aceptación pasiva de lo pensado o dicho por otros es negativa, es mejor repensar el mundo por uno mismo e inventar tus propios métodos científicos, yo creo que cuanta mayor pluralidad de pensamiento y de procedimientos haya, mayor riqueza habrá y como consecuencia, más avanzará la ciencia. La creación de un método único e infalible implica el rechazo de otro tipo de ideas o procedimientos que pueden llevar a descubrir algo importante, por lo tanto, es algo completamente contraproducente.

La *objetividad de la ciencia* es el tercer mito a abordar. La pretensión de que la ciencia nos da una copia exacta de la realidad es otro de los mitos que no comparten ni los mismos científicos.

Respecto a dicho mito hay dos posturas que contribuyen a desmentirlo:

- La concepción convencionalista de la ciencia, que dice que las teorías no son

ni más ni menos que construcciones mentales que no coinciden en lo más mínimo con la realidad.

- Y la concepción operacionalista, que afirma que las leyes y las teorías ni describen el mundo ni pretenden hacerlo, lo único que pretenden es dar una serie de reglas de actuación que funcionen, que nos pueden servir para utilizar en nuestro beneficio esa realidad en que vivimos y que verdaderamente debido a nuestras limitaciones nunca llegaremos a conocer tal y como es.

Un tercer aspecto que hay que tener en cuenta es que en la actualidad muchas teorías o hipótesis científicas no han podido ser demostradas empíricamente, y aún así son aceptadas como válidas provisionalmente si son compatibles con el conjunto de conocimientos científicos del momento. Se espera contrastarlas posteriormente cuando haya medios para ello.

Mi opinión sobre este tercer mito es rotunda, la ciencia no es para nada objetiva, al contrario, es totalmente subjetiva, en función del sujeto puede utilizar unos u otros métodos tal y como decía Feyerabend, y además, no puede pretender explicar la realidad porque la ciencia la hacemos los humanos, y los humanos no somos ni más ni menos que seres limitados que concebimos el mundo en función de esas características que poseemos, pero debido a las cuales, nunca conoceremos qué es lo verdaderamente real, sólo podremos llegar a conocer cómo vemos el mundo en función de nuestros sentidos y de nuestra razón. Coincido pues, con la concepción convencionalista, para mí, las teorías son construcciones mentales que elaboramos en función de nuestras capacidades, pero que no tienen por qué coincidir con la auténtica realidad. Además, también estoy de acuerdo con lo que los operacionalistas dicen, es decir, yo

creo que aunque la ciencia no logre describir la realidad tal y como es, se encarga de buscar tácticas, que nos permiten manipularla en nuestro propio beneficio. El hecho de que nunca vayamos a llegar a ver cómo es realmente, pues es totalmente ajena a nosotros, no impide que nos podamos aprovechar de ella.

### La ciencia hará feliz al hombre

Este mito, muy vigente en siglos pasados, en los albores de la revolución industrial por ejemplo, parece no ser concebido como tal en la realidad. La ciencia no se ocupa de los problemas existenciales del hombre: la violencia, el terrorismo, el dolor, el sufrimiento, el amor... Son temas que la ciencia no puede resolver, problemas para los que se necesita una puerta que encontramos abierta en la filosofía, en contraposición a la puerta cerrada que hallamos en la ciencia. Hay quien afirma que la ciencia ha hecho mucho por la felicidad del hombre gracias a todos los avances que ha efectuado, pero yo no creo que ésta pueda ser una afirmación general, sí que es cierto que la ciencia ha ideado productos y objetos que nos proporcionan una serie de comodidades de las que antes carecíamos. Pero, visto desde otro punto de vista, ¿más comodidades implican mayor felicidad? En mi opinión lo que la ciencia con sus avances tecnológicos ha hecho, es crearnos necesidades además de darnos comodidades; necesidades que trataremos de cubrir y que trabajaremos para solventar. Sin embargo, satisfecha una necesidad, la ciencia habrá descubierto un nuevo producto, por el que tendremos que volver a luchar y trabajar, con lo que el resultado final es que nunca terminaremos de ser felices, pues siempre estaremos ansiosos ya que siempre habrá una necesidad nueva por cubrir en una especie de rueda sin fin.

Este es el momento idóneo para mencionar la ideología de los antiguos griegos, concretamente de los cínicos, para



quienes el hombre más libre y más feliz es el que menos necesidades tiene. Además, no hemos de olvidar el hecho de que el pensar y el plantearse preguntas, que pueden no ser resueltas, o encontrar una respuesta opuesta a la anteriormente aceptada como válida, puede causar un gran desasosiego. Hay quien dice que para ser felices a veces es bueno no saber, ¿quién sabe qué es lo mejor?, si no se piensa por uno mismo y no se llega a saber más de lo que los demás quieren que se sepa, no se es libre, y ser feliz sin ser libre no puede ser entendido; sin embargo, el saber causa angustia, intranquilidad. Esta pregunta es, bajo mi punto de vista, una de las grandes paradojas que plantea la filosofía.

#### La autonomía de la ciencia

Este es el quinto y último mito que voy a abordar en esta disertación. La ciencia para muchos parece constituir un mundo aparte, pero lo cierto es que sus avances y descubrimientos determinan nuestra existencia, al igual que la sociedad determina a la ciencia, generalmente, siempre en función de los intereses económicos, políticos o militares.

En mi opinión, al igual que la ciencia no es objetiva, tampoco es autónoma. Al depender la ciencia del sujeto, también van a dirigirse sus investigaciones, como es lógico, en función de sus intereses. Ahora bien, sí que es cierto que estos avances y descubrimientos determinan y orientan nuestra vida en una determinada dirección. Podemos hablar en consecuencia de una complementación mutua, el hombre orienta a la ciencia en función de sus intereses, pero los descubrimientos científicos acaban condicionándole a él en diversos aspectos.

En conclusión, respecto a mi postura puedo puntualizar que yo no creo en los mitos de la ciencia, la ciencia no es un saber omnipotente, y, por suerte, el número de personas que piensa como yo va en aumento.

Quiero insistir una vez más en que en la ciencia para mí, *todo vale*, no tenemos por qué pensar o actuar todos igual, cada uno es libre de hacer lo que quiera en la vida ordinaria con tal de vivir lo más feliz que pueda siempre y cuando respete a los demás ¿no?, pues, ¿por qué iba a ser diferente con los científicos? Todo vale respecto a su método, el caso es que hagan que la ciencia avance.

He de hacer hincapié una vez más en que para mí la ciencia no es objetiva ni autónoma, es subjetiva, depende del hombre, de sus capacidades físicas e intelectuales y de sus intereses. Además, no es la panacea que todo lo cura, pues no hace feliz al hombre.

Respecto al progreso científico, mantengo que se basa en revoluciones y en el trabajo sobre conocimientos anteriores.

Hasta aquí se puede decir que ha llegado una disertación en la que he pretendido dismantelar los mitos de la ciencia, destruir el pedestal en el que algunos la veían, imaginándola como una religión.

Ahora bien, para concluir esta reflexión puede plantearse una pregunta de difícil respuesta: *Puede ser que la ciencia no nos descubra toda la verdad ni nos haga completamente felices, sin embargo, ¿qué sería de nosotros sin ella?*

Yo, humildemente, no sabría qué responder, es una pregunta que dejo abierta para todas aquellas mentes lúcidas que puedan encontrarle una respuesta. ■

## ¡SALUD...!

SUSANA  
CORRAL

■ El tiempo convertido en lapsus y los lapsus en tiempo, el silencio de burbuja nocturno tras el bullicio del resto de la jornada en un hospital, invita, para mantener la vigilia, a realizar sencillos cálculos matemáticos del tipo:

¿Cuánto oxígeno escatiman y qué riesgos aportan a tres pacientes la presencia de otras nueve personas más (sus correspondientes visitas) dentro de la habitación que ocupan?

¿Cuántas veces escucha un paciente abrir la puerta de la habitación en la que reside y debe encontrar su reposo? Añadiendo a las necesarias e incuestionables del personal del hospital, las de las visitas en ocasiones intempestivas y masivas, pueden dar una media de cien entradas en veinticuatro horas.

¿Cuánto tardan tres familias que no se conocían previamente en improvisar un pseudo hogar común en ocho metros cuadrados? La respuesta es imprecisa, podrían ser sólo unas horas.

Por los vestíbulos y salas de espera circulan palabras teñidas de un impreciso temor: pacientes contagiados, habitaciones cerradas, no hay camas... información que va y viene en diluidas conversaciones y que es preferible olvidar, ya que la enfermedad real, el diagnóstico, pesa más que la virtualidad de virus, bacterias y otras indefinidas amenazas, que al fin y al cabo, qué alivio, son invisibles.

Es tal su invisibilidad que se acercan a lo irreal, ya que no merece la pena informar a los usuarios del sistema sanitario de que esos ínfimos e incontrolados seres circulan libres y en rebeldía por las habitaciones sin incomodarles las camas cruzadas.

¿Puede un paciente al ser informado de esta eventualidad posponer su ingreso programado por temor a un contagiado que agravaría su estado de salud y prolongaría su estancia hospitalaria, sin ser por ello eliminado del lugar que ocupa en la lista de espera?

Podría asegurar que el Vademécum no recoge televisor como medicamento y sin embargo, los gestores sanitarios deben confiar, sin duda, en que dicho aparato tiene propiedades curativas, ya que hay una unidad en cada habitación del hospital.

¿Puede darse la circunstancia de que un paciente se vea obligado a ver y/o escuchar programación y publicidad que deteste o que hiera su sensibilidad?

¿Puede eludir un paciente que comparte habitación la imposición de un televisor en funcionamiento cuando lo que desea es leer, reposar, meditar o conversar quedadamente? ¿Por qué es accesible para el ocio ese objeto y no lo es, por ejemplo, un atril para leer?

Agitación post-anestésica. Es un gran impacto asistir, sin advertencia previa al estado en que una persona, después de una intervención quirúrgica puede sufrir debido a la anestesia y otros fármacos. Después de que el personal sanitario, repetidamente explicara que es normal, lo que aterra es esa normalidad. Pero bien, tranquilidad. Quizá sea así: ese súbito extravío, ese espacio sin límites, esos discursos líquidos, son normales.

Si es normal, habitual, previsible: ¿Quién escatima esa información? ¿Por qué razón no se pronuncia esa frase de aproximadamente unos cuarenta



segundos en la que se advierte a pacientes y familiares la posibilidad de que eso ocurra?

2-2-2. He debido quedarme dormida o caer en el estupor; creo haber oído hablar al oráculo.

Circunstancias obligan de forma inesperada a pautar una nueva medicación para el paciente, 2-2-2: dos pastillas en el desayuno, dos en la comida, dos en la cena. Sin duda, sin vacilación. Sin prospecto. Sin informar de la composición ni de sus efectos secundarios a quien debe tomarlas. Sin oportunidad de inquirir demasiado acerca de ellas, unas cuantas interrogaciones quedan prendidas en la bata del médico mientras abandona la habitación.

¿El hecho de estar ingresado en un hospital público presupone que quedan en suspenso las campañas grabadas en nuestras mentes sobre el uso de medicamentos? ¿Queda mermada la capacidad de entendimiento de un paciente hasta el punto de que “lea las instrucciones detenidamente antes de tomar cualquier medicamento” se reducen a “con esto se calmará”?

En los pijamas azul, amarillo, azul desvaído, amarillo desvaído; una pincelada de verde quirófano en las batas. Esos son los colores con los que se puede ver caminar a los pacientes por los pasillos: figuras llamativas, casi risibles si no fuera por las circunstancias. Sin necesidad de introducir la moda, pero sí la estética a favor de la dignidad de los enfermos, ¿no es posible modificar los pijamas de tal forma, por ejemplo, que un hombre de ochenta años que ha llevado siempre como indumentaria pantalón, no se vea obligado a llevar un camisón azul claro a la altura de las rodillas? ¿O un joven con un brazo inmovilizado deba tener el torso desnudo ya que no existe prenda que le pueda cubrir?



Desde que me visitó el médico la primera vez en mi infancia, he observado en más ocasiones el ademán de sentarse como si cumplieran una especie de ritual atávico inherente a su profesión, gesto que denota accesibilidad: cálido y cercano, que sin duda durante esos breves segundos agrada al paciente, pero: ¿de dónde viene el doctor? ¿En cuántas camas se ha sentado antes? ¿Qué va recogiendo su bata a su paso? ¿Se ha lavado las manos antes de entrar? ¿Se las lavará antes de salir? ¿Por qué lleva el fonendo cuando va a almorzar?

En un hospital las palabras solidaridad, tolerancia o empatía resultan impronunciables, ya que a pesar del enrejado indiferente de esa entelequia llamada Sistema, ellas son las que rompen los ángulos rectos y supuran, permanentemente, por techos, suelos y paredes, para conservar la memoria del animal seguro en su cueva.

Si el sufrimiento, el dolor, el miedo, fueran parámetros medibles, ¿a quién habríamos de convocar a manejarlos? ¿A filósofos? ¿A mecánicos? ¿A los niños? ■



## EL VIENTO

DE "RINCÓN DEL TIEMPO" | SANTOS  
RIVAS ELENA

Peina las mieses,  
lame el agua,  
sorbe el suelo,  
libando el néctar de las plantas.

Chasquea el látigo.  
levanta remolinos,  
desata pasiones,  
rompe corazones  
dibujados en chopos blancos.

Ulula como la lechuza,  
brama como el hambre,  
atormenta las sienas  
y enloquece las conciencias  
hasta que cae exhausto  
y duerme.

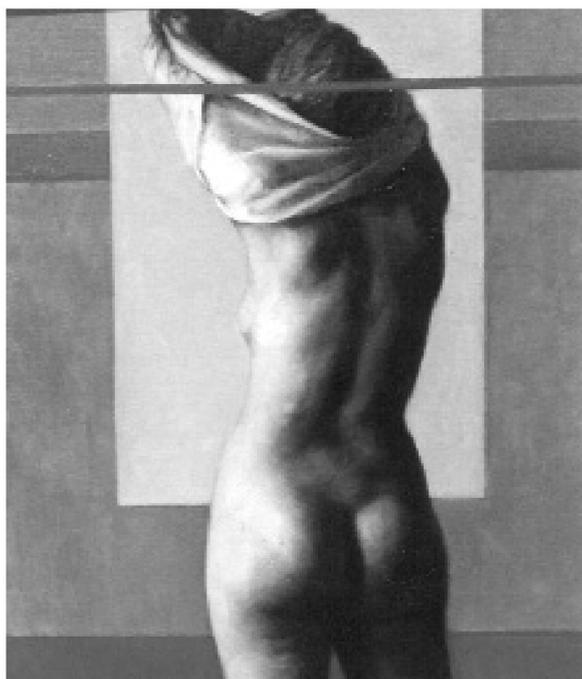
## AMANECE

La noche camina con el peso de la noche...  
auestas.

El sueño tira de los sueños...  
a rastras.

El alba levanta el día...  
a bocanadas.

La vida, con la luz, con tu luz...  
cobra vida





# LANTO POR MI ABUELO MUERTO

DEDICADO A MI ABUELO SIMEÓN Y A MARÍA JOSÉ | SANTIAGO JOSÉ  
(21 DE SEPTIEMBRE DE 2007) | CASTAÑEDA MARTÍN

■ Allá, en un rincón polvoriento  
del alma, allí olvidado  
sin recordarte siempre te recuerdo,  
como una vieja semilla  
que nunca más crecerá, y ¿por qué?

Bosquejo de hombre acabado,  
que este maldito tiempo desencajó  
y su alma se abrió,  
su juventud reverdeció  
y su cabeza se llenó  
sí, de senil fantasía  
popular, y de sus ojos  
mil proyectos para mañana,  
donde el cristal de la Belleza,  
se crispó y se rompió.

Jamás murió ese instinto callejero,  
bullanguero y vividor,  
que cada año quiebra sus cadenas  
sí, los años...

Por ti el amor nunca expiró  
escondido en la máscara  
sí, la máscara de la compasión.

De repente a mi vida has vuelto  
y fúnebres humaradas de incienso  
flotan en torno a ti  
sahumadas de rostros forzados,  
de silente desasosiego.  
Palabras, muchas palabras  
que esconden un requiebro.  
Oscuros acordes de sinfonía inconclusa,  
con las notas dormidas.  
La eterna carrera del tiempo  
no acaba, jamás acaba...  
Y para ti igual siglos que minutos,  
instantes como milenios  
y milenios como horas...



Caen las manecillas de un reloj de pulsera.  
Los ojos se adormecen esperando  
sí, esperando la mañana,  
y las palabras y las letras  
diluidas en tinta de humo,  
humo de adormidera,  
que lloran los ojos que nada esperan,  
que miran la hoguera,  
eterna fiera que devora  
sangre, huesos, piel, vida...

Hablan de la tenue llama,  
aún retadora,  
altanera contra la plateada curva  
de la sombra en el camino.  
Y te maldigo y te deseo,  
pero quizás nunca te entiendo,  
porque tú, sí, tú serás incomprendible

dueña de este murmullo de infinito,  
y te burlas y te ríes,  
porque tú, sí, tú, jamás te detendrás,  
pero yo te pregunto: ¿por qué ahora, (por qué?)  
No contestas y vuelves a reír.

Y un réquiem suena en la mañana,  
las pupilas no se abrieron,  
porque jamás se cerraron.  
Las horas cavaron su fosa  
y Chornos selló su tumba,  
el sepulcro árido y frío de una urna de cristal.  
La muerte llegó silenciosa y amable,  
¡Ni lo despertaste de ese odioso letargo!  
Los ojos renunciaron a las lágrimas  
y el corazón fue un gélido témpano helado  
que enterró la tristeza hueca,  
que por dentro se engendra ya,  
inquieta, nerviosa, irracionalmente sincera.  
Ya sólo queda la esperanza,  
eterna esperanza que nunca muere,  
hundida muy dentro de mi alma.

En la noche yo me pregunto:  
¿hasta cuándo, hasta dónde?  
Y tú contestas: el silencio,  
un silencio que desconozco,  
pero creo y creo en Ti  
y de Ti todo lo espero,  
porque jamás desconfié  
de lo que hoy entender no puedo, no quiero.  
El sentimiento, cruel sentimiento  
que mató la razón, la indiferencia lo mató.

Y como siempre, una vez más  
siempre me pregunto,  
un silencio sonoro tu respuesta.  
La esperanza mató la lágrima,  
la agónica lucha eternamente resucita.  
Y Tú siempre estarás con Él fundido,  
la misma cosa de lo que siempre es.

Gusanos que mataron la incertidumbre,  
espero, deseo, volvedle a Él.  
De la Tierra Madre naciste  
y a ella volviste, para en ella vivir, jamás.

¡Tú, que tus oídos, tus manos y tu voz,  
ayer, hoy y mañana existirás,  
tú que entiendes lo absurdo,  
que asesinas el odio con incisivo amor,  
que abres y desgarras los corazones  
que preguntan,  
que lavas en dicha tuya,  
por siempre jamás.  
Señor, tú que eres, ten piedad!

Abuelo, hoy te invoco, si quieres,  
algún día acuérdate,  
allí queda la poesía, tu poesía de ayer  
acá, hoy te espero, ayúdame y seguiré.

Abuelo, uno de tantos y de tantos diferente,  
recuerda,  
que una vez hubo una tierra  
y un joven gusano que de ti,  
por ti, no calló su clamor. ■

# NOTICIAS NUESTRAS

■ El mes de diciembre supone para *Plaza de San Juan* recordar que ese mismo mes, hace nueve años, un grupo de empleados de la Biblioteca Pública, con la ayuda y la ilusión de diversos colaboradores, se puso en marcha el proyecto de una nueva revista de literatura y cultura para la ciudad de Burgos. Pensamos en ese momento, y el tiempo lo ha confirmado, que *Plaza de San Juan* podía ser una aportación cultural importante en el ámbito de la cultura burgalesa. Las decenas, los cientos de firmas que han pasado por sus páginas lo han corroborado.

Siempre hemos preferido mirar al futuro más que hacia atrás para no quedarnos ensimismados como la mujer de Lot, pero permitidos estas gotas de nostalgia y de recuerdo.

Precisamente mirando hacia el futuro tenemos la intención de hacer más transparente las actividades de la Biblioteca Pública a todos sus usuarios y amigos de la cultura y comentar en *Plaza de San Juan* nuestras incidencias, nuestros proyectos y nuestras experiencias. Iniciamos en este número esa idea ofreciendo unas cifras que reflejan limitadamente el trabajo que estamos realizando día a día en la Biblioteca Pública de Burgos.

Comenzamos por los usuarios nuevos que se han acercado a la Biblioteca. Hemos comprobado que, contrastando los 10 primeros meses del año pasado y del 2007, el número de usuarios nuevos ha sido similar. Prácticamente han sido unos 5.000 las personas –adultos y niños– que se han hecho socias de la Biblioteca en esos 10 meses de cada año, por lo que al final estimamos que la cifra rondará las 6.500 altas en todo el año.

En cambio, comprobando la cantidad de préstamos realizados en la Sección de Adultos, en el campo de libros, hay una diferencia entre el año 2006 y 2007, siempre contabilizando los 10 primeros meses de cada año. Si en 2006 llegaron a los 59.000 préstamos en esa sección y época, un año más tarde la cifra alcanzó los 73.000.

Analizando los libros más leídos se puede observar que los gustos mayoritarios de nuestros usuarios reflejan un interés hacia las novelas románticas y las guías de viaje.

Así, entre los 10 libros más leídos son:

- El cerebro de Kennedy. H. Mankell.
- El velo de la noche. Lydia Joyce.
- Un beso tuyo. Christina Dodd.
- Tenerife, Palma. La Gomera.
- Una propuesta escandalosa. J- Lindsey.
- El corazón del imperio. Bryan Talbot.
- El ocho. Katherine Neville Turcuía.
- Hija de la fortuna. Isabel Allende.
- Simplemente inolvidable. Mary Balogh.

Quedan por analizar los apartados de cine, música, revistas, etc. Confiamos realizar en el próximo número de *Plaza de San Juan* análisis y estudios más completos teniendo como base todo este año 2007.

Como siempre, nuestros colaboradores han seguido publicando libros importantes: Esther Ortega, José M<sup>a</sup> Izarra, José Manuel López Gómez, Óscar Esquivias, Joaquín García Andrés y en música Enrique Cuesta, que ha editado un CD con la Escola Municipal de Música de Santiago de Compostela titulado "Tomas falsas". También podemos reseñar el nuevo premio conseguido por Carlos Contreras Elvira. ¡Enhorabuena, amigo! Publicaciones y actividad cultural que confirman la calidad de la creación burgalesa y del equipo que arropa a *Plaza de San Juan*.

Y por último, en ese espíritu de mayor acercamiento y apertura hemos creado una dirección para que cualquier interesado en colaborar en *Plaza de San Juan* tenga más cómodo su acceso. La dirección electrónica es:

[plaza.sanjuan@hotmail.com](mailto:plaza.sanjuan@hotmail.com)

En ella, o por otros medios, esperamos vuestras nuevas colaboraciones con ilusión. ■

Plaza de San Juan

Nº 32

Diciembre de 2007



Junta de  
Castilla y León

**BIBLIOTECA  
PUBLICA  
DE BURGOS**

C/ Valladolid, 3 • 09002 Burgos  
<http://bibliotecaspublicas.es/burgos/index.jsp>

DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA:

Carmen Monje Maté

EQUIPO DE REDACCIÓN:

Fernando Ortega

Isabel Oceja

José M<sup>a</sup> Izarra

M<sup>a</sup> Luisa Mintegui

Mireya García

M<sup>a</sup> José Rojo

Carmen Díaz

DEPÓSITO LEGAL: BU 661-1998

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

**Edibur** Telf: 947 244 448